

CAPÍTULO XXII.

se trata en las córtes de las behetrias.—Tambien de casar al rey, y su madre resuelve sea con una infanta de Francia.—Se envian embajadores á París, y luégo se hacen los desposorios con doña Blanca.—D. Enrique de Trastamara se pasa á Portugal huyendo del rey.—D. Alonso Fernandez Coronel se rebela en Andalucía.—Pone despues sitio á Toro, donde estaba la reina madre con muchos señores.—El papa Inocencio envia al cardenal de Boloña para poner en paz al rey con los grandes.—Entra en la ciudad, y hace matar en presencia de su madre á muchos caballeros principales.—Se va á Tordesillas, y hace matar á dos escuderos de D. Fadrique.—El conde D. Fadrique se va á Vizcaya, y despues á la Rochela en Francia.

En las córtes de Valladolid se trataron entre otras cosas de menor importancia dos graves y de mucho momento. En Castilla la Vieja algunos pueblos tenian costumbre de tiempo inmemorial de á su voluntad mudar los señores que quisiesen: unos dellos podian elegir señor entre toda la gente al que les pareciese les venía más á cuento, otros pueblos le escogian de un particular y señalado linaje: los unos y los otros por esta razon se decian behetrias, que parece behetria que quiere decir buena compañía y hermandad, de *hetaria*, que en griego quiere decir compañía, y es como decir gobierno popular con igualdad y como entre hermanos; por donde las cosas en ellos andaban muy revueltas y confusas, de que se tomaba una disoluta licencia para que se cometiesen grandes maldades.

Alonso de Albuquerque procuró con todas sus fuerzas que el rey diese á estos pueblos ciertos señores, y les quitase la libertad de poderlos ellos nombrar; cosa que él deseaba ó por el bien público ó por su particular interes, que

como era de los grandes el más favorecido del rey, tenía esperanza que le haria merced de la mayor parte de aquellos pueblos. Contradecian esto Juan de Sandoval y otros ricos hombres y principales que en aquella tierra tenian su naturaleza, y otros respetos é intereses particulares. Decian que era gran sinrazon quitar á estos pueblos la libertad que de sus antepasados tenian heredada: en fin, estos intentos no tuvieron efecto. Tratóse luégo de casar al rey: D. Vasco, obispo de Palencia, canceller mayor del rey, y D. Alonso de Albuquerque, persuadieron á su madre la reina que le quisiese casar en Francia, y que esto fuese luégo; que á los mancebos ninguna cosa les pára mayor peligro que los propios gustos y deleites de que están rodeados, demas que tambien importaba mucho que el rey se casase porque tuviese hijos que le sucediesen en el reino.

Para este efecto, D. Juan de Roelas, obispo de Búrgos, y Alvar García de Albornoz, caballero de Cuenca, se partieron por embajadores á Francia, para que de seis hijas que tenía Pe-



dro, duque de Borbon, poderoso y nobilísimo príncipe de la sangre real de Francia, pidiesen una dellas, la que les pareciese que era la más á propósito y más digna de ser mujer del rey. Vino en ello el duque su padre, mostróles las hijas, escogieron á doña Blanca, con quien luégo por poderes del rey se hicieron los desposorios. Parecia esta señora dichosa por las raras dotes de alma y cuerpo con que el cielo y naturaleza á porfia la enriquecieron y adornaron; pero fué desdichada con este matrimonio, que era lo que esperaba sería el colmo de su felicidad: así la fortuna ó alguna cosa oculta se burla de las humanas esperanzas, y hace juego de nos y de todo aquello que estimamos.

D. Enrique, conde de Trastamara, de las Astúrias, donde se huyó despues de las muertes de su madre y de Garcilaso, se pasó á Portugal desconfiado de la voluntad del rey, y por no ser tan poderoso que le pudiese resistir. El rey de Portugal, movido de la lástima de don Enrique, y con miedo del peligro que corria el rey D. Pedro por el odio y enojo que el reino con él tenía, pareciale que le tocaba á él mirar por su persona, pues era su nieto hijo de su hija: rogóle se viesen en Ciudad-Rodrigo; en aquellas vistas alcanzó del que restituyese y perdonase á D. Enrique. En tanta confusion y diversidad de voluntades y tantos enojos, no era posible que hobiese quietud, ni las cosas podian estar sosegadas.

En el principio del año de mil y trescientos y cincuenta y dos se empezaron á mover discordias civiles en el Andalucía y en las Astúrias, y en tierra de Murcia. D. Alonso Fernandez Coronel, muy rico y de grande autoridad entre los ricos-hombres del Andalucía, poseia á Aguilar por merced del rey, sobre el cual pueblo tuvo ántes mucho tiempo pleito con Bernardo de Cabrera. Recelábase del rey, porque cuando estuvo enfermo en Sevilla se dejó decir que le debía suceder en el reino D. Juan de Lara, cosa de que el rey tomó con él grande enojo. Confiado, pues, este caballero en la fortaleza de su villa de Aguilar, fortificó y basteció las otras villas y castillos de su estado, y procuró de aliarse con muchos grandes. Hizo gente de guerra y pidió á algunos príncipes de

fuera del reino que le ayudasen, en particular para este efecto envió á tierra de moros á su yerno D. Juan de la Cerda, hijo de D. Luis; no le quiso favorecer el rey de Granada por las treguas que tenía con el rey de Castilla; tampoco en África halló amparó alguno, ántes se dice que le ayudó y sirvió á Abohanen en una memorable batalla en que fueron quebrantadas las fuerzas de su padre Albohacen. De allí se volvió á Portugal, do anduvo huido y desbaratado, puesta la esperanza de recobrar su patria en sola la clemencia y misericordia ajena. Su mujer doña María Coronel, por no poder sufrir la ausencia del marido, quiso más perder la vida que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos; así, fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizon ardiendo que metió con enojo por aquella misma parte donde era molestada; mujer digna de mejor siglo y digna de loa, no por el hecho, sino por el deseo invencible de castidad.

En el entretanto el rey de Castilla acudió á los movimientos y alteracion del Andalucía. Tomó muchas villas á D. Alonso Coronel. Trataba y daba orden de cercar la villa de Aguilar, cuando juntamente tuvo aviso que D. Enrique, confiado en la fortaleza de Gijon, levantara bandera en las Astúrias y se apercebía de armas, y que su hermano D. Tello, dende Montagudo, en la raya de Aragon, hacia muchos robos en sus tierras. El rey, dejada la Andalucía, se partió á las Astúrias, porque los movimientos de aquella provincia eran más peligrosos. Llegado el rey luégo se rindieron los que tenían la fortaleza de Gijon, á partido que el rey los perdonase á ellos y á D. Enrique, que andaba escondido en las montañas comarcanas.

En esta jornada quedó prendado el rey de la hermosura grande y apostura de doña María de Badilla, doncella que se criaba en la casa de D. Alonso de Albuquerque. Comenzó esta comunicacion y favores en la villa de Sahagun, olvidado de su esposa, y loco con estos nuevos amores, de donde resultó la total destruccion del rey y del reino; fué el medianero é intercesor destos deshonestos y desdichados conciertos Juan de Hínestrosa, tio de la dama.



Estos perversos hombres conquistaban la tierna edad y voluntad del rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos, y ayudarle á conseguir sus deleites deshonestos sin ningun respeto de lo honesto ni miedo de los hombres; en gravísimo perjuicio de la república, granjeaban el favor y privanza del rey. En el palacio todo era deshonestidad, fuera dél todo crueldad, á la cual todos los demas vicios del rey reconocian y daban la ventaja.

Revolvió el rey con las armas contra Montagudo y le tomó con otros pueblos á él cercanos, ca D. Tello los habia desamparado y huióse á Aragon. Los reyes de Castilla y de Aragon, convidados con la cercanía de los lugares, acordaron de tratar de concordarse entre sí; no se vieron, pero enviáronse sus embajadas, y al fin se juntaron en tierra de Tarazona D. Alonso de Alburquerque y Bernardo de Cabrera; allí concluyeron las paces segun que á ellos mejor les pareció. Concertóse que los reyes tuviesen los mismos por amigos y enemigos, que perdonasen á truco el uno á D. Tello y el otro á D. Fernando de Aragon.

Concluidas estas cosas tornó el rey á la Andalucía, y cercó la villa de Aguilar; los cercados, con grande lealtad, sufrieron cuatro meses el cerco hasta el mes de Febrero del año de mil y trescientos y cincuenta y tres, en que se tomó la villa por fuerza. Oia misa D. Alonso Coronel cuando le dijeron que se entraba la villa; no dejó por tanto de oirla hasta que fué la sagrada hostia consumida; estaba cierto de su muerte y sin ninguna esperanza de ser perdonado. Prendiéronle dentro de una torre en que se entró para defenderse. Fué castigado con las penas que se dan por las leyes á aquellos que han ofendido á la majestad real; lo mismo avino á cinco compañeros suyos, hombres principales que con él hallaron. La villa mandó el rey dismantelar; así, derribados los muros, dió perdon al pueblo. En el mismo mes de Febrero, á los veinticinco, falleció D. Gonzalo de Aguilar, arzobispo de Toledo, dicen en Sigüenza, y que allí yace sepultado. Las revueltas de Castilla que ya comenzaban, por ventura tenian al arzobispo D. Gonzalo fuera

de su iglesia, donde murió. Sucedióle sin duda D. Vasco, ó Blas (que el mismo es), que fué dean de Toledo, y á la sazón era obispo de Palencia y canciller del rey; su padre Fernan Gomez, camarero del rey D. Fernando el Emplazado; y hermano de D. Gutierre el segundo, prelado de Toledo.

Partióse el rey de Aguilar para Córdoba en sazón que doña María de Padilla le parió á su hija doña Beatriz. De allí se vino al reino de Toledo. En Torrijos, que es una villa que está cinco leguas de Toledo, en un torneo que se hizo en las alegrías por las habidas victorias y nacimiento de la hija, fué herido el rey en una mano, de que estuvo en grande peligro de la vida á causa que con ningunos beneficios ni diligencia los cirujanos le podían restañar la sangre. Á esta villa vino D. Juan Alonso de Alburquerque de una embajada en que fué al rey de Portugal, y por su consejo se vino con él D. Juan de la Cerda, á quien el rey recibió en su gracia con palabras amorosas, mas no se pudo alcanzar dél que le quisiese restituir los pueblos que tomó á su suegro, que ya comenzaba á señorear en él, no la razon y equidad, sino el rigor, la fuerza, el antojo y apetito. Daba por excusa que de la mayor parte tenía hecha merced á su hija, como si ya la recién nacida tuviera necesidad de dote para casarse y de estado con que sustentarse.

Por este mismo tiempo doña Blanca de Borbon llegó á Valladolid acompañada del vizconde de Narbona y del maestre de Santiago don Fadrique, que la salió á recibir; D. Alonso de Alburquerque queria que se hiciesen luégo las bodas. Era á la sazón el que lo mandaba todo con autoridad y señorío tan grande que á las veces decia al rey palabras pesadas. Pesábale, y con razon temia que los deudos de doña María de Padilla viniesen á ser los más íntimos y privados del rey: por esto le queria casar; mas como se hallaba enlazado en los amores de doña María, no podia sufrir que le necesitasen á obedecer, especialmente que con los años se hacia más fiero é indomable, ni ya D. Alonso de Alburquerque podia tanto con él y privaba ménos: los ministros y consejeros muy privados suelen ser pesados á sus señores, mayormente



si ellos se adelantan en la privanza, ó los señores se mudan de voluntad. De aquí tuvo principio su caída con menor sentimiento y lástima del pueblo, en cuanto todos creian que él fuera el principio, por la mala crianza del rey, de todos los desórdenes pasados.

Celebráronse todavía las bodas en tres de Junio con poca solemnidad y aparato, pronóstico de que serian desgraciadas: así lo sospechaba la gente. Fueron los padrinos D. Alonso de Alburquerque y la reina de Aragon doña Leonor; halláronse presentes en la fiesta D. Enrique y D. Tello, hermanos del rey, D. Fernando y D. Juan, infantes de Aragon, D. Juan Nuñez, maestre de Calatrava, D. Juan de la Cerda y otros ricos hombres. Por estos mismos dias, en Francia se celebraron otras bodas más dichosas que las nuestras, por los muchos hijos que dellas procedieron, y el grande amor que hobo entre D. Carlos, rey de Navarra, y su esposa madama Juana, hija mayor del rey de Francia. Deste matrimonio tuvieron tres hijos, que fueron Carlos, Philipe y Pedro; D. Philipe murió en sus primeros años; otras tres hijas, María, Blanca y Juana; Blanca falleció de edad de trece años, sus hermanas casaron con grandes príncipes. De otra señora le nació ántes desto al rey Carlos otro hijo llamado Leon, de quien descenden en Navarra los marqueses de Córtes. De D. Pedro, hijo legítimo del mismo rey, se precian venir por línea femenina los marqueses de Falces, casa asimismo principal de Navarra.

Aun no eran bien acabadas las fiestas de las bodas, cuando ya al rey de Castilla daba en rostro la novia, y no la podia ver por estar embebecido y loco con los amores de doña María de Padilla, no más hermosa que la reina, y de linaje, aunque noble, humilde, si se compara con la excelencia real. Dende á dos dias el rey aderezó su partida para el castillo de Montalvan, que es una fortaleza sentada á la ribera del Tajo, rio donde dejó á su amiga que ántes era, ya combleza. La reina su madre, y su tia la reina, doña Leonor, avisadas de lo que el rey queria hacer, le hablaron en secreto y con muchas lágrimas le rogaron y conjuraron por Dios y por sus Santos que no fuese á despe-

ñarse, y á perder y destruir temerariamente su persona, fama, reino y todas sus cosas; que mirase lo que se diria en el mundo, que sería causa de que Francia le hiciese guerra, porque no sufriria tan grande agravio y mengua; además que daria ocasion para que los suyos se revolbiesen, pues los estados se sustentan más que con otra cosa, con la buena fama y opinion; y que contra aquellos que no están bien con Dios, y los deja de su mano, se conjuran y hacen á una los hombres y todos los males é infortunios del mundo; que tuviese lástima y le moviesen las lágrimas de su esposa, y no trocase su amor por una torpe deshonestidad, no viniese desta maldad á caer en su total destruccion.

No se movió el rey por cosa que le dijesen, ántes negó tener tal intento; pero luégo hizo traer de secreto los caballos y se fué sin hablar á nadie. D. Enrique y D. Tello y los infantes de Aragon fueron tras él; que muchos de los grandes daban en acomodarse con el tiempo y en lisonjear y saborear el gusto del rey; un pésimo género de servicio. Sólo uno, que era don Gil de Albornoz, cardenal y ántes arzobispo de Toledo, como el que era en todo muy señalado, no dejaba de amonestarle lo que le convenia, y de palabra y por cartas le reprendia; ocasion y principio de serle pesado y odioso; cuanto las causas de aborrecerle eran más injustas, tanto era el odio mayor. Ántes deste tiempo, con color que tenía en su tierra ciertos negocios tocantes á su casa, alcanzada licencia, se retiró á Cuenca. De allí pasó á Francia, do los papas residian, ca tenía por mejor vivir desterrado que traer la vida al tablero por estar el rey enojado, en especial que tres años ántes, como ya se dijo, fuera criado cardenal por Clemente VI. Sucedió á Clemente Inocencio el año pasado, el cual con este prelado consultaba todos los negocios.

El rey y doña María de Padilla desde Montalban se fueron á Toledo. En Valladolid se consultó de hacerle volver por fuerza; no se le encubrió este trato al rey. Indignóse grandemente contra D. Juan Alonso de Alburquerque, que fué el que movió esta plática, en tanto grado, que para aplacarle le fué necesario darle



en rehenes un hijo suyo llamado Gil; en fin, con grandísimos ruegos de los grandes se alcanzó que quisiese volver á Valladolid á ver la reina, pero no estuvo con ella sino solos dos dias: tan desasosegado le traía y tan loco el amor deshonesto. Fué fama que le enhechizaron con una cinta, sobre la cual un judío hizo tales conjuros, que le parecía al rey que era una grande culebra. Algunos tuvieron sospecha temeraria y desvergonzada que el rey no sin causa se apartó tan repentinamente de su mujer doña Blanca, sino porque halló cierta traicion de su hermano D. Fadrique, padre de D. Enrique, á quien en Sevilla no parió, sino crió una judía llamada doña Paloma; tronco de quien descien- de la casa y familia de los Enriquez, inserta en la casa real de Castilla, cosas que no me parecen verosímiles, ántes creo que despues que un deshonesto amor se apodera del corazon y entrañas de un hombre aficionado, no hay que buscar otros hechizos, ni causas para que parezca que un hombre está loco y fuera de juicio.

De Valladolid se fué el rey á Olmedo, villa de aquella comarca, y por su mandado vino allí de Toledo doña María de Padilla, sin que más el rey tuviese memoria ni lástima de la reina su mujer. D. Alonso de Alburquerque algunos dias se recogió en ciertas villas fuertes de su estado: despues, por miedo que el rey no le hiciese fuerza, se pasó á Portugal. Parecióle que no se podia nada fiar de la fe y palabra de quien tenía en poco la santidad del matrimonio y la religion del sacramento. D. Fadrique, maestre de Santiago, habia estado mal con el rey desde que hizo matar á su madre: ahora vuelto á su amistad se vino á Cuéllar, do entónces la córte estaba. Con su hermano D. Tello se casó en Segovia doña Juana, hija mayor de D. Juan de Lara: llevó en dote el señorío de Vizcaya; favorecieron á este casamiento los deudos de doña María de Padilla con intento de hacerse amigo y tener obligados los hermanos del rey, que ya estaban mal con D. Alonso de Alburquerque.

La reina doña Blanca residía en Medina del Campo en compañía de la reina su suegra; pasaba la vida más de viuda que de casada, con algunos honestos entretenimientos; de allí, por mandado del rey, fué llevada á Arévalo con ór-

den que no la dejasen hablar con su suégra, ni con ninguno de los grandes. Pusieron por guardas de la que no pretendia huir, á D. Pedro Gudiel, obispo de Segovia, y á Tello Palomeque, caballero de Toledo. Mudó el rey los oficios de su casa, é hizo camarero á D. Diego García de Padilla, hermano de su amiga, dió la copa á Álvaro de Albornoz, y la escudilla á Pero Gonzalez de Mendoza, fundador de la casa de Mendoza (digo de la grandeza que hoy tiene), que entónces en aquella parte de Vizcaya que se llama Álava poseía un pueblo deste nombre, de que se tomó este apellido de Mendoza; fué hijo deste caballero Diego de Mendoza, que el tiempo adelante llegó á ser almirante.

Estas mudanzas de oficios se hicieron en odio de D. Alonso de Alburquerque, que en la casa real tenía obligados á muchos. Lo mismo se hizo en Sevilla donde el rey se fué, venido el otoño; que quitó en el Andalucía muchos oficios que el de Alburquerque á muchos grandes y ricos hombres proveyó el tiempo de su privanza. Así se truecan y mudan las cosas deste mundo: no hay cosa más incierta, mudable y sin firmeza que la privanza con los reyes, especialmente si es granjeada con malos medios. Habíase el rey entregado de todo punto para que le gobernasen, á doña María de Padilla y á sus parientes: ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el rey y reino se regían. Los grandes y los mismos hermanos del rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguían el viento próspero de su buena fortuna, y á porfía cada uno pretendía con presentes, servicios y lisonjas tener granjeada la voluntad de doña María de Padilla, con que se veía el reino lleno de una avenida de torpes y feas bajezas. En el invierno con las grandes y continuas lluvias salieron de madre los rios, especial en Sevilla la creciente fué tal, que por miedo no la asolase calafetearon fuertemente las puertas de la ciudad.

En el principio del año siguiente de mil trescientos cincuenta y cuatro, como quier que D. Juan Nuñez de Prado, maestre de Calatrava, en dias pasados se hobiese huido á Aragon por miedo que no le atropellasen, llamado del



rey con cartas blandas y amorosas se vino á su villa de Almagro, pueblo principal de su maestrazgo. Allí, por mandado del rey, le prendió D. Juan de la Cerda, que ya estaba favorecido y aventajado con nuevos cargos. El mayor delito que el maestre tenía cometido, era ser amigo de D. Juan Alonso de Alburquerque, y ser parte en el consejo que se tomó de suplicar al rey volviese con la reina doña Blanca luégo que la dejó. No paró en esto lá saña, ántes hizo que á la hora eligiesen en su lugar por maestre á D. Diego de Padilla sin guardar el órden y ceremonias que se acostumbraban en semejantes elecciones, sino arrebatada y confusamente sin consulta alguna, y al maestre don Juan Nuñez súbitamente le hicieron morir en la fortaleza de Maqueda en que le tenían preso. Dió el rey á entender que le pesaba de que le hobiesen muerto: no se sabe si de corazon si fingidamente por evitar la infamia y odio en que podia incurrir con una maldad tan atroz, y descargarse de un hecho tan feo con echar la culpa á otros. Pero como quier que no se hizo ninguna pesquisa ni castigo, todo el reino se persuadió ser verdad lo que sospechaban, que le mataron con voluntad y órden del rey.

Despues desto se hizo guerra en la tierra de D. Juan Alonso de Alburquerque, que tenía muchas villas y castillos muy fuertes y bien bastecidos. Cercaron la villa de Medeliin, que está en la antigua Lusitania: desconfiado el alcaide de podella defender, dió aviso á don Alonso del estado en que se hallaba, y con su licencia la entregó. Asimismo se puso cerco á la villa de Alburquerque, plaza fuerte y que la tenían bien apercebida: así no la pudieron entrar. Levantóse el cerco y quedaron por fronteros en la ciudad de Badajoz D. Enrique y don Fadrique, para que los soldados de Alburquerque no hiciesen salidas y robasen la tierra: esta traza dió ocasion á muchas novedades que despues sucedieron.

Fuése el rey á Cáceres: desde allí envió sus embajadores al rey D. Alonso de Portugal, que en aquella sazón, en la ciudad de Évora celebraba con grandes regocijos las bodas de su nieta doña María con D. Fernando, infante de Aragon. Los embajadores, habida audiencia,

pidieron al rey les mandase entregar á D. Juan Alonso de Alburquerque para que diese cuenta de las rentas reales de Castilla, que tuvo muchos años á su cargo; que sin esto no debía ni podia ser amparado en Portugal. Como D. Juan Alonso estaba ya irritado con tan continuos trabajos, no sufrió su generoso corazon este ultraje. Respondió con grande brío á esta demanda de los embajadores: que él siempre gobernó el reino, y administró la hacienda del rey su señor leal y fielmente: que estaba aparejado para defender esta verdad en campo por su persona: que retaba como á fementido á cualquiera que lo contrario dijese: cuanto á lo que decían de las cuentas, dijo estaba presto para darlas con pago, como se las tomasen en Portugal. Pareció que se justificaba bastantemente: con esto los embajadores fueron despedidos sin llevar otro mejor despacho.

Á los hermanos del rey pesaba mucho que las cosas del reino anduviesen revueltas y estuviesen expuestas para ser presa de cada cual. Pensaron poner en ello algun remedio; la comodidad del lugar los convidaba; acordaron de confederarse con D. Juan Alonso de Alburquerque, que cerca se hallaba. Enviáronle su embajada, y mediante ella se concertaron de verse entre Badajoz y Yelves. Allí trataron de sus haciendas, y consultaron de ir á la mano al rey en sus desatinos y temerarios intentos. Armaronseles otros grandes. Las fuerzas no eran iguales á empresa tan grande; solicitaron al infante D. Pedro, hijo del rey de Portugal, para que se aliase con ellos, con esperanzas que le dieron de le hacer rey de Castilla, así por el derecho de guerra como por el de parentesco, como nieto que era del rey D. Sancho, hijo de doña Beatriz su hija. Dejóse de intentar esto á causa que el rey de Portugal, luégo que supo estas trazas, estuvo mal en ello y lo estorbó. Esta nueva tela se urdía en la frontera de Portugal.

El rey de Castilla, con su acostumbrado descuido y desalmamiento, echó el sello á sus excesos con una nueva maldad tan manifesta y calificada, que cuando las demas se pudieran algo disimular y encubrir, á ésta no se le pudo dar ningun color ni excusa. Doña Juana de